

Entre sus emblemas, nuestra sociedad lleva el del sexo que habla. Del sexo sorprendido e interrogado que, a la vez constreñido y locuaz, responde inagotablemente. Cierta mecánica, lo bastante maravilloso como para tornarse él mismo invisible, lo capturó un día. Y en un juego donde el placer se mezcla con lo involuntario y el consentimiento con la inquisición, le hace decir la verdad de sí y de los demás. Desde hace muchos años vivimos en el reino del príncipe Mangogul: presas de una inmensa curiosidad por el sexo, obstinados en interrogarlo, insaciables para escucharlo y oír hablar de él, listos para inventar todos los anillos mágicos que pudieran forzar su discreción. Como si fuese esencial que de ese pequeño fragmento de nosotros mismos pudiéramos extraer no sólo placer, sino saber y todo un sutil juego que salta de uno al otro: saber sobre el placer, placer en saber sobre el placer, placer-saber; y como si ese peregrino animal que alojamos tuviese por su parte orejas lo bastante curiosas, ojos lo bastante atentos y una lengua y un espíritu lo bastante bien contruidos como para saber muchísimo sobre ello y ser completamente capaz de decirlo, con sólo que uno se lo solicite con un poco de maña.

(Michel Foucault: "Historia de la sexualidad")

SENTI que era como un grito blanco, hiriendo la circunstancia que nos unía, cargada de deseo y curiosidad, sospechando que los cántaros encerraban la líquida frescura, las azules sonrisas carnales.

"Se acaba el recreo al aire libre y el abandono del agua tiene algo de ceremonia: el riesgo mutuo refrescante prolonga nuevos momentos de suave intimidad, aderezada por burbujas de champán, ahora ya bajo el techo protector de miradas indiscretas. Acaba el prelude y comienza la sinfonía..."

Textos semejantes, una literatura de la peor especie, suelen acompañar las fotografías de desnudos femeninos en las revistas "eróticas" de más pretensiones, aquellas que procuran soslayar a base de color, paisajes más o menos exóticos y modelos caras la clasificación de meramente pornográficas. Pero, ¿quién se preocupa por los textos? Quizá, sólo los sociólogos y los que estén dispuestos a desenrañar los pitos que el lenguaje disfraza, los valores que codifica y tiende a difundir.

No en el polo opuesto, como



Grabado de Otto Dix.

PORNOGRAFIA Y SOCIEDAD

CRISTINA PERI ROSSI

quisieran, se encuentran los textos más burdos, menos sofisticados, que con una torpe envoltura pseudocientífica o directamente chabacana ejercen la "nueva" libertad: la de hablar del sexo.

El discurso del sexo

Como bien señala Michel Foucault en su *Historia de la sexualidad* (1), el discurso sobre el sexo en Occidente es antiguo, y su imperativo: convertir el deseo, todo el deseo, en discurso, ha llevado cuanto se refiere al sexo al molino sin fin de la palabra. Podríamos agregar: al de la imagen. Una contribución cuestionable la aportó el psicoanálisis, que en las sociedades más desarrolladas sustituyó la caduca función del cura confesor, con su clásica pregunta: "¿Cuántas veces?". Y con otra

(1) El primer volumen acaba de publicarse en Siglo XXI.

semejanza importante: el discurso ante el confesionario o en el sillón del psicoanalista no versa solamente sobre los "actos", sino sobre la intención, sobre el deseo oculto, reprimido. El cristianismo creó una moral donde no se castigaba excesivamente el hecho, sino la fantasía, la imaginación del mismo, mientras el psicoanálisis creía descubrir precisamente en las conductas no realizadas, no verbalizadas todavía, las fuentes del conflicto, de la angustia. (Los malos pensamientos en la moral cristiana eran evacuados a través de su enunciación, ante la autoridad eclesiástica; en el psicoanálisis, las fantasías inconscientes se exorcizan ante la autoridad científica, y si las oraciones "catorce Ave Marías y doce Padrenuestros" eran el pago de la falta, el coste de los cincuenta minutos —abonado discretamente, a la secretaria— también cumple la

función de redimir al paciente, pagando así sus malos pensamientos, fuente de la angustia.)

Una industria bien programada

Cualquier quiosco callejero o la simple lectura de la cartelera de los cines nos ofrece hasta la saturación la posibilidad de analizar en qué consiste en este momento, en España, el discurso sobre el sexo, y también cómo es explotado en todas sus vertientes. En un país que se caracteriza por la falta de lectores (y un exceso de editoriales, en una de esas incongruencias típicas del neocapitalismo) se multiplican, en cambio, las publicaciones semanales, quincenales, mensuales, cuyo máximo atractivo para el comprador (a quien sabemos acosado por la inflación y el desempleo) son los desnudos, las poses más o menos obscenas, las "novedades" sexuales. En realidad, sobre el sexo hay una sola novedad: la posibilidad de mostrarlo o de hablar de él. También se comienzan a esbozar las primeras interpretaciones, sea a nivel callejero o pretendidamente entendido, culto. Los que se escandalizan, encontrarán fáciles culpables para tanta disipación: la democracia, la falta de autoridad, en fin: el caos. Olvidarán —la memoria colectiva es frágil— que el sexo, desde antiguo, constituyó también un artículo, una operación comercial, un trueque, y si las formas de su compra-venta han sido desarrolladas y multiplicadas, no es como consecuencia de una mayor lascivia —arte que poco ha evolucionado desde los tiempos de Boccaccio o de *La Celestina*—, sino del desarrollo del capitalismo, que vende más y mejor, porque sabe vender. Las multinacionales que dan la orden de asesinar al Che Guevara en Bolivia son las mismas que fabrican cerillas con la foto del Che, camisetas con el rostro del Che, almanques con el Che y celuloide de 35 milímetros con las aventuras del Che, filibustero temible. De la sacralización del sexo a su comercialización no hay más que un paso, que el capitalismo ha dado siempre con facilidad, porque ya lo ha hecho en otras ocasiones. En la primera fase, la de sacralización, es necesario mantener la mercadería en secreto, en estado de tabú: la razón sine qua non de lo sagrado es su restricción, su posesión limitada, su resguardo: ¿quién creería en un misterio muchas veces repetido? Si un Gulliver animado por la lógica implacable de un nuevo

Swift descendiera sobre tierras españolas —como lo hubiera podido hacer cuando la epidemia se extendió en los Estados Unidos o en Francia—, podría hacerse esta pregunta: ¿Cómo una cosa —el sexo— que todos poseen y que está en función casi permanente, puede, al mismo tiempo, despertar una industria tan poderosa, y conseguir tantos compradores?

El principio de compra y venta

Según las leyes de mercado más antiguas, el sujeto que compra adquiere algo que necesita y paga un precio por ello, que se fija según la escasez, proceso de producción y prestigio de la mercadería adquirida. Dando por sobreentendido que todos tenemos sexo y la posibilidad de ejercer operaciones con él, ¿qué ofrece la industria del sexo a sus numerosos compradores que éstos no tengan, crean no tener y deseen poseer? Para entender este fenómeno me parece imprescindible analizar la mecánica de la ilusión y del prestigio, claves del desarrollo de la sociedad de consumo. Mercaderes antiguos descubrieron que la demanda sube en relación a la capacidad de sugestión indirecta que posea un artículo, en relación a los apetitos secretos que despierte y a la posibilidad de comprar "otra cosa" que la cosa en sí: prestigio, "standing", valores sociales que encarecen el producto. ¿Qué compra, entonces, quien adquiere una revista erótica o pornográfica? ¿Qué compra el espectador de Emmanuelle o de La historia de O? Y aquí podríamos volver a aplicar aquella regla tan sencilla: dime qué compras y te diré de qué careces. Como sucede con casi todos los artículos de consumo, la respuesta es: compran fantasía para disimular el tedio y el fracaso, para evadirse de la realidad y convertirse, a través del goce pasivo, en un imaginario super-macho, en el dueño de un harén o en el gran seductor. Ya

conocemos el rol que cumplieron en las supuestas sociedades de la abundancia los electrodomésticos, los automóviles renovados cada año, todos los objetos dudosamente necesarios, pero que venían a satisfacer, más que demandas reales, la falta de alicientes verdaderos de la vida moderna, la ausencia de estímulos sociales y especialmente: la falta de un proyecto colectivo que le brinde al individuo la posibilidad de escapar del estrecho horizonte de las sociedades capitalistas basadas en la competencia, en el bienestar material y en la alienación. La industria del sexo, que, como tantas, llega tarde a España, fue otra de las ilusiones que el poder vendió, controló, dominó y desarrolló, obteniendo suculentos beneficios de ello y encerrando otra vez más al individuo en el círculo de frustración-fracaso-fantasia-alienación del cual es tan difícil escapar.

Cuerpos bonitos: depositarios de deseos frustrados

Entre los mitos que introyecta la industria del sexo está, por supuesto, el culto a la apariencia física, la más exterior, la más fugaz, la más perecedera, pero a la vez, aquella que puede despertar con más facilidad la fantasía sexual y cumplir el rol de evasión que permite neutralizar mejor nuestra capacidad de operar sobre la realidad. Mujeres perfectamente bellas (bellas un instante, también) que no solemos encontrar por la calle, poses y gestos sorprendidos por los fotógrafos que tienen la virtud (y el defecto) de proponernos como imagen estabilizada, eternizada, algo que en la vida real sólo podría durar un segundo.

Los anuncios de "productos" en las revistas no dejan de jugar

este mismo rol de canalizar los sueños reprimidos del inconsciente colectivo: aparatos de vibro-masajes por trescientas pesetas; crema MEDIA HORA (así, con mayúsculas) "para prolongar el acto", crema MAXIMUM (estimulante y desarrollo), gotas de amor, pastillas de amor, excitantes... Detrás de ellas se ve el ideal del consumo: cantidad, en lugar de calidad.

Las ideas introyectadas, ¿o desarrolladas?

Los consultorios prácticos pseudocientíficos, las páginas dedicadas a "contestar" preguntas acerca de problemas o conflictos sexuales permiten descubrir qué es lo que se proyecta como ideal sexual y cuál es la imagen que se tiene en la actualidad acerca de la actividad erótica. Del mismo modo que senos exuberantes o miembros de tamaño descomunal emiten como mensaje "hipersexualidad", el goce parece ser confundido con las contorsiones o el equilibrio. La industria del sexo incide,

una vez más, en la tradicional separación carne-espíritu, desorbitando, esta vez, uno de los elementos de la ecuación, y desestructurando la armonía, según la cual, decían los griegos, la felicidad era imposible.

Saturación y desgaste

Como todos los artículos de consumo, el sexo está sujeto a un proceso de deterioro por saturación y a desgaste por exceso que dejará al arte de amar (tan burdamente confundido con la capacidad de fornicar) en el mismo estado de subdesarrollo que antes de la invasión de pornografía. Es posible, también, que para entonces algunos ricos sean más ricos que antes. Es su negocio. Las víctimas, a la larga, quedarán tan insatisfechas como antes. Aunque algo habrán ganado: entre toda la chatarra cinematográfica que la nueva libertad nos ha regalado, habremos podido ver algunas películas importantes y leer algunos libros necesarios. El problema no es qué represión nos quitan, sino qué industria nos dan. ■

